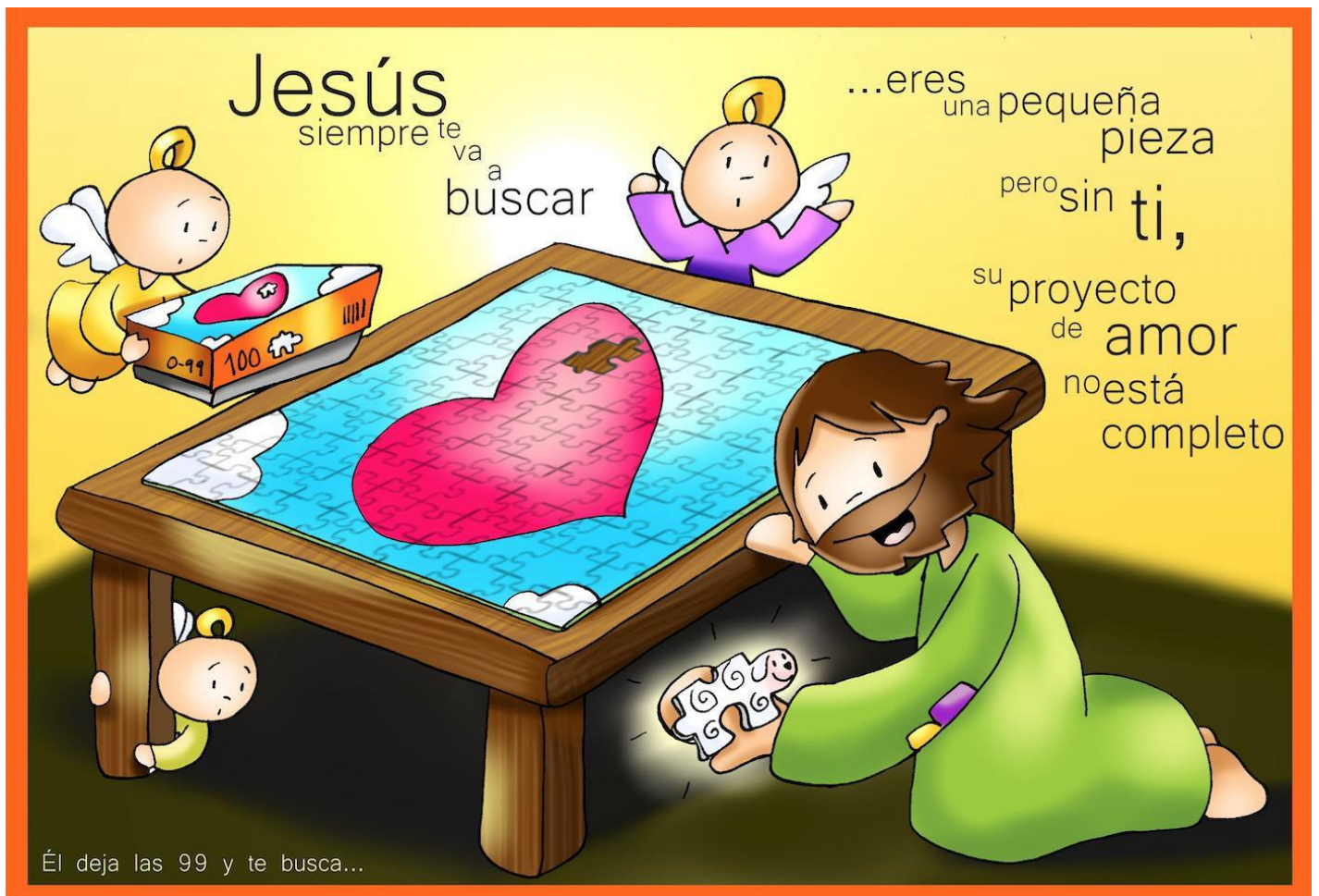




LECTIO DIVINA

XXIV semana del Tiempo Ordinario
Del 15 al 21 de septiembre de 2019



DOMINGO, 15 DE SEPTIEMBRE DE 2019
La misericordia de Dios.

Oración introductoria

Dame la gracia de hacer una experiencia de tu misericordia en mi vida para que pueda ser un testigo de tu gran amor.

Petición

Señor, hazme comprender que tus mandamientos no son obstáculos para mi libertad ni para una vida bella, sino que son las señales que me indican el camino que hay que recorrer para encontrar la vida.

Lectura del libro del Éxodo (Éx. 32,7-11.13-14)

En aquellos días, el Señor dijo a Moisés: «Anda, baja de la montaña, que se ha pervertido tu pueblo, el que tú sacaste de Egipto. Pronto se han desviado del camino que yo les había señalado. Se han hecho un becerro de metal, se postran ante él, le ofrecen sacrificios y proclaman: “Este es tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto”». Y el Señor añadió a Moisés: «Veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz. Por eso, déjame: mi ira se va a encender contra ellos hasta consumirlos. Y de ti haré un gran pueblo». Entonces Moisés suplicó al Señor, su Dios: «¿Por qué, Señor, se va a encender tu ira contra tu pueblo, que tú sacaste de Egipto, con gran poder y mano robusta? Acuérdate de tus siervos, Abrahán, Isaac e Israel, a quienes juraste por ti mismo: “Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de que he hablado se la daré a vuestra descendencia para que la posea por siempre”». Entonces se arrepintió el Señor de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo.

Salmo (Sal 50,3-4.12-13.17.19)

Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a Timoteo (1 Tim. 1,12-17)

Querido hermano: Doy gracias a Cristo Jesús, Señor nuestro, que me hizo capaz, se fió de mí y me confió este ministerio, a mí, que antes era un blasfemo, un perseguidor y un insolente. Pero Dios tuvo compasión de mí porque no sabía lo que hacía, pues estaba lejos de la fe; sin embargo, la gracia de nuestro Señor sobreabundó en mí junto con la fe y el amor que tienen su fundamento en Cristo Jesús. Es palabra digna de crédito y merecedora de total aceptación que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero; pero por esto precisamente se compadeció de mí: para que yo fuese el primero en el que Cristo Jesús mostrase toda su paciencia y para que me convirtiera en un modelo de los que han de creer en él y tener vida eterna. Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc. 15,1-32)

En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: «Ese acoge a los pecadores y come con ellos». Jesús les dijo esta parábola: «¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y, al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos, y les dice: “¡Alegraos conmigo!, he encontrado la oveja que se me había perdido”. Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse. O ¿qué mujer que tiene diez monedas, si se le pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, reúne a las amigas y a las vecinas y les dice: “Alegraos conmigo!, he encontrado la moneda que se me había perdido”. Os digo que la misma alegría tendrán los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta». También les dijo: «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca

de la fortuna”. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada. Recapitando entonces, se dijo: «Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”. Se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”. Pero el padre dijo a sus criados: “Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”. Y empezaron a celebrar el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Este le contestó: “Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud”. Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Entonces él respondió a su padre: “Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado”. El padre le dijo: “Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”».

Releemos el evangelio

San Ambrosio (c. 340-397)

obispo de Milán y doctor de la Iglesia

Sobre el evangelio de san Lucas, 7, 207

Dios en busca del hombre extraviado

Puesto que la debilidad de los hombres no sabe mantener un camino firme en este mundo resbaladizo, el buen médico de enseña los remedios contra el extravío, y el juez misericordioso de ninguna manera rechaza la esperanza del perdón.

Es por este motivo que san Lucas ha propuesto las tres parábolas siguientes: la oveja que se había extraviado y que fue hallada, la moneda de plata que se había perdido y se encontró, el hijo que se daba por muerto y recobró la vida. Todo ellos es para que este triple remedio nos impulse a curar nuestras heridas... La oveja cansada es devuelta al redil por el pastor; la moneda extraviada es hallada; el hijo pisa de nuevo el camino y regresa a su padre arrepentido de su extravío... Alegrémonos, pues, de que esta oveja que se extravió en Adán, sea levantada por Cristo.

Las espaldas de Cristo son los brazos de la cruz; Las espaldas de Cristo son los brazos de la cruz; Las espaldas de Cristo son los brazos de la cruz; es en ella donde he dejado mis pecados, es sobre esta horca que he encontrado mi descanso. Esta oveja es única en su naturaleza, pero no en sus personas, porque nosotros todos formamos un solo cuerpo, pero somos muchos miembros.

Por esto está escrito: “Sois el cuerpo de Cristo y miembros de sus miembros” (1C 2,27). “El Hijo del hombre ha venido para salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,10), es decir, a todos los hombres puesto que “si por Adán murieron todos, por Cristo todos volverán a la vida” (1C 15,22)... Tampoco es sin relevancia que esta mujer se alegre de haber encontrado la moneda: pues no es poca cosa que en esta moneda figure el rostro de un príncipe. De la misma manera el rostro del Rey es el bien de la Iglesia.

Nosotros somos ovejas: pidamos las praderas: Somos la moneda: conservemos nuestro valor. Somos los hijos: corramos hacia el Padre.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Es cierto, son tantas las circunstancias que pueden alimentar la división y la confrontación; son innegables las situaciones que pueden llevarnos a enfrentarnos y a dividirnos. No podemos negarlo. Siempre nos amenaza la tentación de creer en el odio y la venganza como formas legítimas de brindar justicia de manera rápida y eficaz. Pero la experiencia nos dice que el odio, la división y la venganza, lo único que logran es matar el alma de nuestros pueblos, envenenar la esperanza de nuestros hijos, destruir y llevarse consigo todo lo que amamos.

Por eso Jesús nos invita a mirar y contemplar el corazón del Padre. Sólo desde ahí podremos redescubrirnos cada día como hermanos. Sólo desde ese horizonte amplio, capaz de ayudarnos a trascender nuestras miopes lógicas divisorias, seremos capaces de alcanzar una mirada que no pretenda clausurar ni claudicar nuestras diferencias buscando quizás una unidad forzada o la marginación silenciosa. Sólo si cada día somos capaces de levantar los ojos al cielo y decir Padre nuestro podremos entrar en una dinámica que nos posibilite mirar y arriesgarnos a vivir no como enemigos sino como hermanos.» *(Homilía de S.S. Francisco, 31 de marzo de 2019).*

Meditación

En este Evangelio se muestran tres actitudes de la misericordia de Dios: salir en busca, reconstruir y regresar al Padre. Dios sale en busca de aquellos que se han perdido porque son parte de su propia familia divina, ninguna persona queda excluida de su amor y, por esto, Él siempre sale al encuentro de los que se han alejado.

Otra forma en la que Dios, nuestro Padre, nos muestra su misericordia es la ayuda que nos da para reconstruir nuestra vida cuando nos hemos desviado del camino que Él nos proponía, el plan original; primero

debemos darnos cuenta de que hemos hecho mal para que así podamos aceptar nuestros errores y remediarlos con la gracia que Dios nos dona.

Por último, pero no menos importante, está el regreso al Padre; después de haber emprendido un camino lejos de Él, en el que hemos experimentado la miseria, hay algo que nos llama a regresar al Padre y, al hacerlo, nos damos cuenta por lo que Él siempre nos había estado esperando y nunca había perdido la fe en nosotros. La llamada del Padre que nos toca en lo más profundo es sutil porque Él no nos obliga a volver, sino que nos deja a que nosotros tomemos la decisión y nos demos cuenta de que la mejor opción es regresar.

Oración final

Señor Jesús, te damos gracia por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre. Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho ver. Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica la Palabra. Tú que vives y reinas con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

LUNES, 16 DE SEPTIEMBRE DE 2019
SANTOS CORNELIO, papa, y CIPRIANO, obispo, mártires
Confianza en la palabra de Dios.

Oración introductoria

Señor, ayúdame a crecer en la confianza en tu palabra, que sepa escucharte y seguir tu voluntad sin dudas en el corazón. Abre mi corazón, Señor, para que sea dócil a tus caminos. Amén.

Petición

Señor, no soy digno de postrarme en tu presencia, “pero una palabra tuya bastará para sanarme”

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a Timoteo (1 Tim. 2,1-8)

Ante todo recomiendo que se hagan plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres; por los reyes y por todos los constituidos en autoridad, para que podamos vivir una vida tranquila y apacible con toda piedad y dignidad. Esto es bueno y agradable a Dios, nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad. Porque hay un solo Dios, y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también, que se entregó a sí mismo como rescate por todos. Este es el testimonio dado en el tiempo oportuno, y de este testimonio –digo la verdad, no miento– yo he sido constituido heraldo y apóstol, maestro de los gentiles en la fe y en la verdad. Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar elevando hacia el cielo unas manos piadosas, sin ira ni discusiones.

Salmo (Sal 27)

Bendito el Señor, que escuchó mi voz suplicante.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 7,1-10)

En aquel tiempo, cuando terminó Jesús de hablar a la gente, entró en Cafarnaum. Un centurión tenía enfermo, a punto de morir, a un criado, a quien estimaba mucho. Al oír hablar de Jesús, le envió unos ancianos de los judíos, para rogarle que fuera a curar a su criado. Ellos presentándose a Jesús, le rogaban encarecidamente: «Merece que se lo concedas porque tiene afecto a nuestro pueblo y nos ha construido la sinagoga.» Jesús se fue con ellos. No estaba lejos de la casa, cuando el centurión le envió a unos

amigos a decirle: «Señor, no te molestes; no soy yo quién para que entres bajo mi techo; por eso tampoco me creí digno de venir personalmente. Dilo de palabra, y mi criado quedará sano. Porque yo también vivo bajo disciplina y tengo soldados a mis órdenes, y le digo a uno: "ve", y va; al otro: "ven", y viene; y a mi criado: "haz esto", y lo hace.» Al oír esto, Jesús se admiró de él, y, volviéndose a la gente que lo seguía, dijo: «Os digo que ni en Israel he encontrado tanta fe.» Y al volver a casa, los enviados encontraron al siervo sano.

Releemos el evangelio

Catecismo de la Iglesia Católica

27-30 - Copyright © Libreria Editrice Vaticana

Jesús encuentra la fe en un centurión romano

El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar... De múltiples maneras, en su historia, y hasta el día de hoy, los hombres han expresado su búsqueda de Dios por medio de sus creencias y sus comportamientos religiosos (oraciones, sacrificios, cultos, meditaciones, etc.).

A pesar de las ambigüedades que pueden entrañar, estas formas de expresión son tan universales que se puede llamar al hombre un ser religioso... Pero esta "unión íntima y vital con Dios" puede ser olvidada, desconocida e incluso rechazada explícitamente por el hombre.

Tales actitudes pueden tener orígenes muy diversos: la rebelión contra el mal en el mundo, la ignorancia o la indiferencia religiosas, los afanes del mundo y de las riquezas (cf. Mt 13,22), el mal ejemplo de los creyentes, las corrientes del pensamiento hostiles a la religión, y finalmente esa actitud del hombre pecador que, por miedo, se oculta de Dios (cf. Gn 3,8-10) y huye ante su llamada (cf. Jon 1,3). "Alégrese el corazón de los que buscan a Dios" (Sal 105,3).

Si el hombre puede olvidar o rechazar a Dios, Dios no cesa de llamar a todo hombre a buscarle para que viva y encuentre la dicha. Pero esta búsqueda exige del hombre todo el esfuerzo de su inteligencia, la rectitud de su voluntad, "un corazón recto" (Sal 96,11), y también el testimonio de otros que le enseñen a buscar a Dios. «Tú eres grande, Señor, y muy digno de alabanza: grande es tu poder, y tu sabiduría no tiene medida (Sal 144,3; 146,5).

Y el hombre, pequeña parte de tu creación, pretende alabarte, precisamente el hombre que, revestido de su condición mortal, lleva en sí el testimonio de su pecado y el testimonio de que tú resistes a los soberbios (Sant 4, 6) A pesar de todo, el hombre, pequeña parte de tu creación, quiere alabarte. Tú mismo le incitas a ello, haciendo que encuentre sus delicias en tu alabanza, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en ti» (San Agustín, Confesiones, 1,1, 1).

Palabras del Santo Padre Francisco

«Esta es nuestra fuerza, que cada día estamos invitados a renovar: el Señor nos ama. Ser cristiano es una invitación a confiar que el amor de Dios es más grande que toda limitación o pecado.

Uno de los grandes dolores y obstáculos que experimentamos hoy, no nace tanto de comprender que Dios sea amor, sino de que hemos llegado a anunciarlo y testimoniarlo de tal manera que para muchos este no es su nombre. Dios es amor, un amor que se entrega, llama y sorprende.» *(Homilía de S.S. Francisco, 5 de mayo de 2019).*

Meditación

En ocasiones exigimos de Dios una señal, algún milagro que nos revele su voluntad y deje claro el camino que debemos seguir. Pero Dios no actúa así, quiere que confiemos plenamente en Él. El centurión nos da un vivo ejemplo de la confianza en la Palabra de Dios. Confió en la palabra de Dios, no le pidió ninguna señal del cielo o un comprobante de garantía de que el milagro se realizaría; confió en la palabra de Dios y la dejó actuar.

Dios hace tratos a la antigua, Él quiere que confiemos en su palabra sin necesidad de contratos o comprobantes; de nosotros depende si confiamos o no. Lo cierto es que Dios, siendo Dios, no puede faltar a su palabra, si Él nos promete algo, debemos tener la seguridad de que lo cumplirá.

Oración final

Para mis pies antorcha es tu palabra, Señor!

¿Cómo puede un joven su camino?

En cuanto a tu palabra.

Con todo mi corazón yo te busco:

no dejes que me apartan de tus mandatos.

MARTES, 17 DE SEPTIEMBRE DE 2019

El Señor sufre con nosotros.

Oración introductoria

Padre, dame el don de siempre sentirme acompañado por Ti, de manera especial en los momentos donde tengo más dificultad.

Petición

Jesús, el camino para seguirte está resumido en el evangelio, ayúdame a recorrer este sendero pues es el único hacia la dicha eterna a la que aspira mi corazón.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a Timoteo (1 Tim. 3,1-13)

Es cierto que aspirar al cargo de obispo es aspirar a una excelente función. Por lo mismo, es preciso que el obispo sea irreprochable, que no se haya

casado más que una vez; que sea sensato, prudente, bien educado, digno, hospitalario, hábil para enseñar; no dado al vino ni a la violencia, sino comprensivo, enemigo de pleitos y no ávido de dinero; que sepa gobernar bien su propia casa y educar dignamente a sus hijos. Porque, ¿cómo podrá cuidar de la Iglesia de Dios quien no sabe gobernar su propia casa? No debe ser recién convertido, no sea que se llene de soberbia y sea por eso condenado como el demonio. Es necesario que los no creyentes tengan buena opinión de él, para que no caiga en el descrédito ni en las redes del demonio. Los diáconos deben, asimismo, ser respetables y sin doblez, no dados al vino ni a negocios sucios; deben conservar la fe revelada con una conciencia limpia. Que se les ponga a prueba primero y luego, si no hay nada que reprocharles, que ejerzan su oficio de diáconos. Las mujeres deben ser igualmente respetables, no chismosas, juiciosas y fieles en todo. Los diáconos, que sean casados una sola vez y sepan gobernar bien a sus hijos y su propia casa. Los que ejercen bien el diaconado alcanzarán un puesto honroso y gran autoridad para hablar de la fe que tenemos en Cristo Jesús.

Salmo (Sal 100)

Andaré con rectitud de corazón.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 7,11-17)

En aquel tiempo, se dirigía Jesús a una población llamada Naín, acompañado de sus discípulos y de mucha gente. Al llegar a la entrada de la población, se encontró con que sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de una viuda, a la que acompañaba una gran muchedumbre. Cuando el Señor la vio, se compadeció de ella y le dijo: «No llores.» Acercándose al ataúd, lo tocó y los que lo llevaban se detuvieron. Entonces dijo Jesús: «Joven, yo te lo mando: levántate.» Inmediatamente el que había muerto se levantó y comenzó a hablar. Jesús se lo entregó a su madre. Al ver esto, todos se llenaron de temor y comenzaron a glorificar a Dios, diciendo: «Un gran profeta ha surgido entre nosotros. Dios ha

visitado a su pueblo.» La noticia de este hecho se divulgó por toda Judea y por las regiones circunvecinas.

Releemos el evangelio

San Ambrosio (c. 340-397)

obispo de Milán y doctor de la Iglesia

Sobre el evangelio de San Lucas, V, 89; SC 45

Las lágrimas de una madre

La divina misericordia pronto se deja doblegar por los gemidos de esta madre. Es viuda; los sufrimientos y la muerte de su hijo único la han destrozado... Me parece que esta viuda, rodeada de la muchedumbre del pueblo, es más que una simple mujer que, con sus lágrimas, ha merecido la resurrección de un hijo, joven y único.

Es imagen de la misma Iglesia, la cual, por sus lágrimas, en medio del cortejo fúnebre y hasta en el interior del sepulcro, consigue llamar a la vida al joven pueblo del mundo. [...] Porque, por la palabra de Dios, los muertos resucitan, recuperan la voz y la madre recobra a su hijo; este es llamado de la tumba, arrancado del sepulcro. ¿Cuál es esta tumba, para vosotros, sino vuestra mala conducta?

Vuestra tumba es la falta de fe. [...] Cristo os ha liberado de este sepulcro; saldréis de él si escucháis la palabra de Dios. Y si vuestro pecado es demasiado grave para que pueda ser lavado con las lágrimas de vuestra penitencia, que intervenga, en favor vuestro, el llanto de vuestra madre la Iglesia. [...]

Ella intercede por cada uno de sus hijos, como si cada uno fuera hijo único. En efecto, la Iglesia, llena de compasión, experimenta un dolor espiritual y del todo maternal cuando ve que sus hijos son arrastrados a la muerte por el pecado.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Jesús se acercó. La compasión lo empujó a acercarse. Acercarse es una señal de compasión. Yo puedo ver tantas cosas, pero no acercarme. Igual siento un dolor... pero, pobre gente... A mí me gusta pensar que “el Señor, cuando decía esto a aquella mujer, la acariciaba; Él tocó a la mujer y tocó el ataúd. Es necesario, acercarse y tocar la realidad. Tocar. No mirarla desde lejos. Jesús no dice: “Hasta pronto, yo continúo el camino”, sino toma al chico y ¿qué dice? “lo devolvió a su madre”.

He aquí la tercera palabra clave: restituir. Jesús hace milagros para restituir, para poner en el lugar preciso a las personas. Y es eso lo que ha hecho con la redención. Dios tuvo compasión, se acercó a nosotros en su hijo y nos restituyó a todos en la dignidad de hijos de Dios. Nos ha recreado a todos.» *(Homilía de S.S. Francisco, 19 de septiembre de 2017, en santa Marta).*

Meditación

A muchos de nosotros se nos ha muerto un ser querido, uno que se ha ido ya para encontrarse con el Padre celestial en la ciudad eterna. Quiero tomar de este Evangelio una frase, incluso más que una frase es un sentimiento de Jesús que se refleja en este pasaje: «al Señor le dio lástima». Cristo al ver a esta mujer que sufría por la muerte de su hijo, que muy probablemente era lo único que le quedaba en la tierra, pues el Evangelio nos dice que era viuda, siente lástima. El corazón de Cristo se llenó de tristeza al ver que esta mujer había perdido a su hijo único. No es descabellado pensar que en ese momento puedo tener la prefiguración de lo que se sería su muerte y de cómo su Madre sufriría al ver que lo había «perdido».

No podemos olvidar que el Corazón de nuestro Señor sufre cuando el nuestro sufre también, bien sea en una enfermedad, en las dificultades del hogar, del trabajo o del estudio. Incluso en la muerte de un ser querido, cuando pensamos que nadie puede comprender nuestro dolor, nos

equivocamos porque si hay alguien, y ese alguien es Jesús, que siempre está con nosotros en los momentos buenos y malos, en las alegrías y en los sufrimientos, Él siempre estará con nosotros en cada momento.

Oración final

Servid a Yahvé con alegría,
llegaos a él con júbilo!
Sabed que Yahvé es Dios,
él nos ha hecho y suyos somos,
su pueblo y el rebaño de sus pastos. *(Sal 100,2-3)*

MIÉRCOLES, 18 DE SEPTIEMBRE DE 2019
El ritmo que le gusta a Dios.

Oración introductoria

Ayúdame a seguir tus inspiraciones y lo que me pides porque confiando en Ti sé que puedo hacer las grandes cosas que sueñas para mí.

Petición

Señor, ayúdame a tener un encuentro personal y decisivo contigo en esta oración, que cambie todo mi día.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a Timoteo (1 Tim. 3,14-16)

Aunque espero ir a verte pronto, te escribo esto por si me retraso; quiero que sepas cómo hay que conducirse en la casa de Dios, es decir, en la asamblea de Dios vivo, columna y base de la verdad. Sin discusión, grande es el misterio que veneramos: Manifestado en la carne, justificado en el

Espíritu, contemplado por los ángeles, predicado a los paganos, creído en el mundo, llevado a la gloria.

Salmo (Sal 110,1-2.3-4.5-6)

Grandes son las obras del Señor.

Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc. 7,31-35)

En aquel tiempo, dijo el Señor: «¿A quién se parecen los hombres de esta generación? ¿A quién los compararemos? Se parecen a unos niños, sentados en la plaza, que gritan a otros: "Tocarnos la flauta y no bailáis, cantamos lamentaciones y no lloráis." Vino Juan el Bautista, que ni comía ni bebía, y dijisteis que tenía un demonio; viene el Hijo del hombre, que come y bebe, y decís: "Mirad qué comilón y qué borracho, amigo de publicanos y pecadores." Sin embargo, los discípulos de la sabiduría le han dado la razón.»

Releemos el evangelio

San Basilio (c. 330-379)

monje y obispo de Cesárea en Capadocia, doctor de la Iglesia

Grandes Reglas monásticas, prólogo

Dios nos llama a la conversión incansablemente

¿Hasta cuándo esperamos decidirnos a obedecer a Cristo que nos llama a su Reino celestial? ¿No nos vamos a purificar? ¿No vamos a dejar de una vez este género de vida que llevamos para seguir a fondo el Evangelio?... Pretendemos desear el Reinado de Dios, pero sin preocuparnos demasiado por los medios a emplear para conseguirlo. Aún más, por la vanidad de nuestro espíritu, sin preocuparnos lo más mínimo por observar los mandamientos del Señor, nos creemos ser dignos de recibir las mismas recompensas que aquellos que han resistido al pecado hasta la muerte.

Pero ¿quién en tiempo de la siembra ha podido quedarse sentado y dormir en casa, y después recoger con los brazos bien abiertos las gavillas segadas? ¿Quién ha vendimiado sin haber plantado y cultivado la viña? Los frutos son para los que han trabajado; las recompensas y las coronas para los que han vencido. ¿Es que alguna vez alguien ha coronado a un atleta sin que éste ni tan sólo se haya revestido para combatir con el adversario? Y, por consiguiente, no sólo es necesario vencer sino también “luchar según las reglas”, como lo dice el apóstol Pablo (2Tes 114,5), es decir, según los mandamientos que nos han sido dados... Dios es bueno, pero también es justo...:”El Señor ama la justicia y el derecho” (Sl 32,5); por eso “Señor voy a cantar la bondad y la justicia (Sl 100, 1)...

Fíjate con que discernimiento el Señor usa de la bondad. No es misericordioso sin más ni más, no juzga sin piedad, porque “el Señor es benigno y justo” (Sl 114,5). No tengamos, pues, de Dios una idea equivocada; su amor por los hombres no debe ser para nosotros pretexto de negligencia.

Palabras del Santo Padre Francisco

«En resumen, no entendieron, no dejaron entrar nada de Jesús: cerrados. Y este cierre se convierte en rigidez y ellos no tienen al Espíritu Santo en el centro. No son libres hijos de Dios: en el centro se ponen a ellos mismos, cerrados, rígidos, viviendo con ese modo de diferenciar la revelación de Dios, que era ideológico y no estaba abierto al Espíritu Santo que estaba haciendo tantos cambios. Era gente que siempre volvía a lo mismo y nada les hacía felices.

A ellos, Jesús, con un poco de ironía les dice: “Pero vosotros sois como esos niños sentados en la plaza que dicen a los demás: os hemos tocado la flauta y no habéis bailado, hemos cantado un lamento y no os habéis golpeado el pecho”. Pero, ¿nada os parece bien? Solamente la rigidez de las ideas y el “siempre se ha hecho así”. Esta es la ortodoxia de esta gente que cierra el corazón a las novedades de Dios, al Espíritu Santo. Esta gente no sabe discernir las señales de los tiempos. Quieren una Iglesia,

querían eso, una sinagoga, una Iglesia cerrada rígida, no abierta a las novedades de Dios.» (*Homilía de S.S. Francisco, 24 de abril de 2018, en santa Marta*).

Meditación

Dios nos da lo que necesitamos en cada momento y, por eso, debemos aceptarlo porque Él sabe lo que más nos conviene, aunque a veces esto no nos agrade o nosotros no sepamos cómo nos ayudará, pero tenemos que reconocer que viene de Dios y por ende es bueno.

Las razones de las cosas que Dios nos da en ocasiones no son tan claras y por esto puede ser difícil entender cuál es el plan de Dios para nuestra vida. Mas sabiendo que las acciones de Dios no son pura coincidencia, podemos confiar en su providencia divina que no nos deja a la suerte, sino que nos lleva de la mano en nuestro peregrinar; el reconocer los dones de Dios nos ayuda a discernir cuáles son los caminos por los que Él quiere guiarnos y así seguir sus inspiraciones como el músico sigue al director de su orquesta.

El secundar lo que Dios quiere en nuestras vidas implica un sacrificio de nosotros mismos ya que es dejar de lado lo que nosotros queremos por el plan de Dios que, de una manera u otra, nos llevará a nuestra felicidad plena porque, a fin de cuentas, Dios y nosotros queremos lo mismo, sólo los caminos son diversos.

Oración final

¡Feliz la nación cuyo Dios es Yahvé,
el pueblo que escogió para sí como heredad!
Yahvé observa de lo alto del cielo,
ve a todos los seres humanos. (*Sal 33,12-13*)

JUEVES, 19 DE SEPTIEMBRE DE 2019
Quien amó más.

Oración introductoria

Señor, renuévame con tus gracias y dame tu bendición.

Petición

Jesucristo, ayúdame. Jesucristo dame fuerzas. Jesucristo, ¡en ti confío!

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a Timoteo (1 Tim. 4,12-16)

Nadie te desprecie por ser joven; sé tú un modelo para los fieles, en el hablar y en la conducta, en el amor, la fe y la honradez. Mientras llego, preocúpate de la lectura pública, de animar y enseñar. No descuides el don que posees, que se te concedió por indicación de una profecía con la imposición de manos de los presbíteros. Preocúpate de esas cosas y dedícate a ellas, para que todos vean cómo adelantas. Cuídate tú y cuida la enseñanza; sé constante; si lo haces, te salvarás a ti y a los que te escuchan.

Salmo (Sal 110,7-8.9.10)

Grandes son las obras del Señor.

Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc. 7,36-50)

En aquel tiempo, un fariseo rogaba a Jesús que fuera a comer con él. Jesús, entrando en casa del fariseo, se recostó a la mesa. Y una mujer de la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino con un frasco de perfume y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con sus lágrimas, se los enjugaba con sus cabellos, los cubría de besos y se los unguía con el perfume. Al ver

esto, el fariseo que lo había invitado se dijo: «Si éste fuera profeta, sabría quién es esta mujer que lo está tocando y lo que es: una pecadora.» Jesús tomó la palabra y le dijo: «Simón, tengo algo que decirte.» Él respondió: «Dímelo, maestro.» Jesús le dijo: «Un prestamista tenía dos deudores; uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó a los dos. ¿Cuál de los dos lo amará más?» Simón contestó: «Supongo que aquel a quien le perdonó más.» Jesús le dijo: «Has juzgado rectamente.» Y, volviéndose a la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? Cuando yo entré en tu casa, no me pusiste agua para los pies; ella, en cambio, me ha lavado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con su pelo. Tú no me besaste; ella, en cambio, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con unguento; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo: sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor; pero al que poco se le perdona, poco ama.» Y a ella le dijo: «Tus pecados están perdonados.» Los demás convidados empezaron a decir entre sí: «¿Quién es éste, que hasta perdona pecados?» Pero Jesús dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado, vete en paz.»

Releemos el evangelio

Homilía atribuida a San Macario de Egipto (¿-390)

monje

Homilias espirituales 30,9

La acogida del fariseo y de la pecadora

Acojamos a nuestro Dios y Salvador, el verdadero médico, el único capaz de curar nuestras almas, él que tanto sufrió por nosotros. Llama sin cesar a la puerta de nuestro corazón para que le abramos y le dejemos entrar, para que descansa en nuestras almas, nos lave los pies y los envuelva de perfume y se quede con nosotros.

En un lugar del evangelio, Jesús reprende a uno que no le había lavado los pies, y en otro lugar dice: “Mira que estoy llamando a la puerta; si alguien oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa...” (Ap 3,20) Por

esto ha soportado tantos sufrimientos, ha entregado su cuerpo a la muerte y nos ha rescatado de la esclavitud: para venir a nosotros y morar en nosotros.

Por esto, el Señor dice a los que en el día del juicio estarán a su izquierda, condenados al infierno: “Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me alojasteis; estaba desnudo y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis.” (Mt 25,42-43) Porque su alimento, su bebida, su vestido, su techo, su descanso están en nuestro corazón. De ahí que está llamando sin cesar, queriendo entrar.

Acojámosle, pues, e introduzcámosle dentro de nosotros, ya que él es también nuestro alimento, nuestra bebida, nuestra vida eterna. Y toda persona que no lo acoge ahora en su interior, para que ahí descanse, o mejor dicho, para que ella descanse en él, no heredará el Reino de los cielos con los santos; no podrá entrar en la ciudad celestial. Pero tú, Señor Jesucristo, danos poder entrar para gloria de tu nombre, junto con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

Palabras del Santo Padre Francisco

«¡Qué difícil es dejarse amar verdaderamente! Siempre nos gustaría que algo de nosotros no esté obligado a la gratitud, cuando en realidad estamos en deuda por todo, porque Dios es el primero y nos salva completamente, con amor. Pidamos ahora al Señor la gracia de conocer la grandeza de su amor, que borra todos nuestros pecados. Dejémonos purificar por el amor para reconocer el amor verdadero.» *(Homilía de S.S. Francisco, 9 de marzo de 2018).*

Meditación

Existen las más contrastantes de las historias entre los santos, tenemos una Teresita del Niño Jesús que, en su dulzura, es capaz de decir que Dios le ha perdonado y rescatado de los pecados más inimaginables, por el amor que le tiene, pero la carmelita no conoció el pecado grave. Por otro lado, tenemos historias de grandes conversiones, como la de Charles de Foucauld, que vivió una vida inmersa en el pecado, pero tras muchos sucesos se hizo monje del desierto y siguió de manera radical el Evangelio.

Ambos santos nos dan una idea de lo que es seguir el Evangelio hasta las últimas de sus implicaciones. Dicho Evangelio no es limitado a un tipo de gente o a un tipo de personas, es mucho más de lo que logramos percibir con nuestra lectura; los santos nos dan prueba de ello y no pensemos que es algo ajeno a nosotros, pues podemos ser tan pecadores como san Charles de Foucauld o tan inocentes como santa Teresita del Niño Jesús, pero este Evangelio no se limita a unos cuantos, sino que es una llamada para todos.

Es difícil, nadie afirma lo contrario, pero lo que movió a ambos santos a vivir hasta el extremo del Evangelio fue vivir el amor hasta el extremo, como la mujer pecadora de la parábola de hoy.

Oración final

Pues bueno es Yahvé
y eterno su amor,
su lealtad perdura
de edad en edad. (*Sal 100,5*)

VIERNES, 20 DE SEPTIEMBRE DE 2019
SANTOS ANDRÉS KIM TAEGON, presbítero,
PABLO CHONG HASANG, y compañeros mártires,
Redescubrir por qué estas siguiendo a Jesús.

Oración introductoria

Señor Jesús, gracias por regalarme este tiempo para estar juntos. Gracias porque me has escogido para ser tu amigo, y por acompañarme en cada paso de mi vida.

Dame fe por favor, para que pueda ver mi vida y mi vocación como Tú las ves. Lléname de Ti, renuévame con tu Espíritu Santo para que pueda ser tu apóstol con quien me encuentre hoy.

Petición

Jesucristo, concédeme llenarme tanto de ti que pueda llevarte a todas las personas con las que me encuentre.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a Timoteo (1 Tim. 6,2c-12)

Esto es lo que tienes que enseñar y recomendar. Si alguno enseña otra cosa distinta, sin atenerse a las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo y a la doctrina que armoniza con la piedad, es un orgulloso y un ignorante, que padece la enfermedad de plantear cuestiones inútiles y discutir atendiendo sólo a las palabras. Esto provoca envidias, polémicas, difamaciones, sospechas maliciosas, controversias propias de personas tocadas de la cabeza, sin el sentido de la verdad, que se han creído que la piedad es un medio de lucro. Es verdad que la piedad es una ganancia, cuando uno se contenta con poco. Sin nada vinimos al mundo, y sin nada nos iremos de él. Teniendo qué comer y qué vestir nos basta. En cambio, los que buscan riquezas caen en tentaciones, trampas y mil afanes absurdos y nocivos, que

hunden a los hombres en la perdición y la ruina. Porque la codicia es la raíz de todos los males, y muchos, arrastrados por ella, se han apartado de la fe y se han acarreado muchos sufrimientos. Tú, en cambio, hombre de Dios, huye de todo esto; practica la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la delicadeza. Combate el buen combate de la fe. Conquista la vida eterna a la que fuiste llamado, y de la que hiciste noble profesión ante muchos testigos.

Salmo (Sal 48)

Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc. 8,1-3)

En aquel tiempo, Jesús iba caminando de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, predicando el Evangelio del reino de Dios; lo acompañaban los Doce y algunas mujeres que él había curado de malos espíritus y enfermedades: María la Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, mujer de Cusa, intendente de Herodes; Susana y otras muchas que le ayudaban con sus bienes.

Releemos el evangelio

San Juan Pablo II (1920-2005)

papa

Carta apostólica "Mulieris dignitatem / La dignidad de la mujer", § 31

"Lo acompañaban los Doce y también algunas mujeres"

«Si conocieras el don de Dios» (Jn 4, 10), dice Jesús a la samaritana en el transcurso de uno de aquellos admirables coloquios que muestran la gran estima que Cristo tiene por la dignidad de la mujer y por la vocación que le permite tomar parte en su misión mesiánica. [...]

La Iglesia desea dar gracias a la Santísima Trinidad por el «misterio de la mujer» y por cada mujer, por lo que constituye la medida eterna de su dignidad femenina, por las «maravillas de Dios», que en la historia de la humanidad se han cumplido en ella y por medio de ella. En definitiva, ¿no se ha obrado en ella y por medio de ella lo más grande que existe en la historia del hombre sobre la tierra, es decir, el acontecimiento de que Dios mismo se ha hecho hombre?

La Iglesia, por consiguiente, da gracias por todas las mujeres y por cada una: por las madres, las hermanas, las esposas; por las mujeres consagradas a Dios en la virginidad; por las mujeres dedicadas a tantos y tantos seres humanos que esperan el amor gratuito de otra persona; por las mujeres que velan por el ser humano en la familia, la cual es el signo fundamental de la comunidad humana; por las mujeres que trabajan profesionalmente, mujeres cargadas a veces con una gran responsabilidad social [...].

La Iglesia expresa su agradecimiento por todas las manifestaciones del «genio» femenino aparecidas a lo largo de la historia, en medio de los pueblos y de las naciones; da gracias por todos los carismas que el Espíritu Santo otorga a las mujeres en la historia del Pueblo de Dios [...]. La Iglesia pide, al mismo tiempo, que estas inestimables «manifestaciones del Espíritu» (cf. 1 Cor 12, 4 ss.), [...], sean reconocidas debidamente, valorizadas, para que redunden en común beneficio de la Iglesia y de la humanidad.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Los evangelios nos presentan a menudo esta imagen del Señor en medio de la multitud, rodeado y apretujado por la gente que le acerca sus enfermos, le ruega que expulse los malos espíritus, escucha sus enseñanzas y camina con Él. “Mis ovejas oyen mi voz. Yo las conozco y ellas me siguen”.

El Señor nunca perdió este contacto directo con la gente, siempre mantuvo la gracia de la cercanía, con el pueblo en su conjunto y con cada persona en medio de esas multitudes. Lo vemos en su vida pública, y fue así

desde el comienzo: el resplandor del Niño atrajo mansamente a pastores, a reyes y a ancianos soñadores como Simeón y Ana. También fue así en la Cruz; su Corazón atrae a todos hacia sí: Verónicas, Cireneos, ladrones, centuriones...» *(Papa Francisco, Homilía 18 de abril de 2019)*

Meditación

¿Por qué seguían a Jesús los doce y las mujeres de las que leemos hoy? ¿Cómo conquistó Jesús a cada uno de ellos? Puedes dedicarte un tiempo a hablar con Jesús de si Él te ha cautivado o no, o sobre qué es lo que te cautiva de Él. Tal vez es tiempo de redescubrir por qué estás siguiendo a Jesús, y de dejar que te renueve en tu vocación de apóstol de su Reino de amor, justicia y verdad.

Para ello, puedes dedicar un tiempo para tomar a tu Padre bueno de la mano y con Él echar una mirada a las profundidades de tu corazón. ¿Qué ves, qué motivaciones, deseos o miedos tienes en tu vida? ¿Cómo te ve tu Padre amoroso?, ¿cómo es su mirada sobre ti?

Oración final

Sondéame, oh Dios, conoce mi corazón,
examíname, conoce mis desvelos.
Que mi camino no acabe mal,
guíame por el camino eterno. *(Sal 139,23-24)*

SÁBADO, 21 DE SEPTIEMBRE DE 2019
San Mateo, apóstol y evangelista
¿Qué responderías?

Oración introductoria

Jesús, gracias por traerme a estar un rato contigo. Gracias por escogerme como amigo y por acompañarme en cada paso que doy. Tú me conoces, dame lo que más necesito. María, que dijiste sí a Dios y confiaste en Él en la luz y en la oscuridad, hazme más como tú.

Petición

Jesús, concédeme vivir muy unido a ti, para dar muchos frutos para la misión

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios (Ef. 4,1-7.11-13)

Yo, el prisionero por el Señor, os ruego que andéis como pide la vocación a la que habéis sido convocados. Sed siempre humildes y amables, sed comprensivos, sobrellevaos mutuamente con amor; esforzaos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todo, que lo trasciende todo, y lo penetra todo, y lo invade todo. A cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo. Y él ha constituido a unos, apóstoles, a otros, profetas, a otros, evangelizadores, a otros, pastores y maestros, para el perfeccionamiento de los santos, en función de su ministerio, y para la edificación del cuerpo de Cristo; hasta que lleguemos todos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud.

Salmo (Sal 18,2-3.4-5)

A toda la tierra alcanza su pregón.

Lectura del santo evangelio según san Mateo (Mt. 9,9-13)

En aquel tiempo, vio Jesús al pasar a un hombre llamado Mateo, sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: «Sígueme.» Él se levantó y lo siguió. Y, estando en la mesa en casa de Mateo, muchos publicanos y pecadores, que habían acudido, se sentaron con Jesús y sus discípulos. Los fariseos, al verlo, preguntaron a los discípulos: «¿Cómo es que vuestro maestro come con publicanos y pecadores?» Jesús lo oyó y dijo: «No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. Andad, aprended lo que significa "misericordia quiero y no sacrificios": que no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.»

Releemos el evangelio

San Beda el Venerable (c. 673-735)

monje benedictino, doctor de la Iglesia

Homilías sobre los evangelios, I, 21; CCL 122, 149-151

“Sígueme!” (Mt 8,22)

“Jesús vio a un hombre sentado al mostrador de los impuestos...” Su nombre era Mateo. “Sígueme” le dice. Lo vio más con la mirada interna de su amor que con los ojos corporales. Jesús vio al publicano y, porque lo amó, lo eligió, y le dijo: “Sígueme, que quiere decir: “Imítame”. Le dijo: Sígueme, más que con sus pasos, con su modo de obrar. Porque, quien dice que permanece en Cristo debe vivir como vivió él (cfr. Jn 2,6)... Mateo “se levantó y lo siguió”.

No hay que extrañarse del hecho de que aquel recaudador de impuestos, a la primera indicación imperativa del Señor, abandonase su preocupación por las ganancias terrenas y, dejando de lado todas sus riquezas, se adhiriese al grupo que acompañaban a aquel que él veía

carecer en absoluto de bienes. Es que el Señor, que lo llamaba por fuera con su voz, lo iluminaba de un modo interior e invisible para que lo siguiera, infundiendo en su mente la luz de la gracia espiritual, para que comprendiese que aquel que aquí en la tierra lo invitaba a dejar sus negocios temporales era capaz de darle en el cielo un tesoro incorruptible (Cfr. Mt 6,20).

Y sucedió que, estando Jesús a la mesa en casa de Mateo, muchos publicanos y pecadores vinieron a colocarse junto a él y a sus discípulos. La conversión de un solo publicano fue una muestra de penitencia y de perdón para muchos otros publicanos y pecadores. Ello fue un hermoso y verdadero presagio, ya que Mateo, que estaba destinado a ser apóstol y maestro de los gentiles, en su primer trato con el Señor arrastró en pos de sí por el camino de la salvación a un considerable grupo de pecadores.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Jesús lo indica con el dedo. [Mateo] Se aferraba al dinero. Y Jesús lo escoge. Invita a toda la banda a almorzar, a los traidores, los cobradores de impuestos. Al ver esto, los fariseos que se creían justos, que juzgaban a todos y decían: “Pero ¿por qué vuestro Maestro tiene esa compañía?”. Jesús dice: “No he venido a llamar a justos, sino a pecadores”. Esto me consuela mucho, porque creo que Jesús ha venido por mí. Porque todos somos pecadores. Todos. Todos tenemos esta “licenciatura”, somos licenciados. Cada uno sabe cuál es su pecado, su debilidad más fuerte.»
(Homilía de S.S. Francisco, 7 de julio de 2017).

Meditación

Imagina que estás sentado con Mateo en su puesto. Eres un cobrador de impuestos, pero no uno cualquiera. Te has vuelto rico a base de cobrarle el tributo a tus paisanos judíos para dárselo a los opresores romanos. Por tu trabajo, hace tiempo que olvidaste que es ser respetado por la gente que te trata. Tú y Mateo están sentados contando las últimas ganancias, cuando escuchas una voz, viril pero cariñosa: sígueme... Levantas los ojos, y Jesús

está a pocos pasos de ti, frente a la mesa de los impuestos. Volteas con Mateo. Él se para en silencio, rodea la mesa y se para junto a Jesús. La gente que está viendo comienza a murmurar.

Ahora, Jesús te mira a ti. ¿Qué pasa en tu interior? ¿Qué sientes? ¿Por qué le sostienes o no la mirada? Mateo, de pie junto a Jesús, calla con la mirada baja. ¿Por qué llamó Jesús a Mateo? ¿Por qué te llamó a ti? ¿Por qué Mateo siguió a Jesús? Y tú, ¿qué vas a responder?

Oración final

Señor, dichosos los que guardan sus preceptos,
los que lo buscan de todo corazón;
los que, sin cometer iniquidad,
andan por sus caminos. *(Sal 119,2-3)*